

BUENO, BONITO Y... ¡MALDITO!

No se admiten devoluciones

Coordinador: David Rozas



LA PASTILLA AZUL

Segunda edición: septiembre, 2014

Título: *Bueno, bonito y... ¡maldito! No se admiten devoluciones.*

© Pablo García con La Llave de Jacob Gibbons.

© Iván Mourín con Kaviars Skaits 3.

© Ana Morán con Aisling.

© Álvaro Peiró con El sabor de la locura.

© Marta Junquera con La mudanza.

© Lucía Pérez con El reflejo del alma.

© Beatriz Troitiño con El hechizo del estío.

© Luis Guallar con Hornet.

© Raúl Ansola con El informe.

© Daniel Meralho con La butaca del infierno.

© Néstor Allende con El silbato de Irah.

© David Rozas con La promesa.

© Ana Martínez con Reliquias.

© De la portada Néstor Allende.

© Del prólogo Carmen Cabello.

© Diseño y maquetación: James Crawford Publishing

contacto: jamescrawfordpublishing@gmail.com

© 2013 La Pastilla Roja

contacto: lapastillarojaediciones@gmail.com

La Pastilla Azul® es una filial de La Pastilla Roja®. Todos los elementos y personas pertenecen a sus dueños.

Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los demás derechos están reservados.



safecreative

1311159320383

INFO ABOUT RIGHTS

Esta antología está dedicada a todas aquellas personas, amigos y compañeros, que gracias a su esfuerzo y dedicación, la hicieron posible. Va por ellos...

*-A William E. Fleming,
por las horas de sueño perdidas, resolviendo aquellas cuestiones que a mí se
me escapan.*

*-A David Rozas,
amigo, compañero y quien está siempre al pie del cañón, implicado en esto
como nadie.*

*-A Bea Magaña,
correctora implacable y escritora valiente.*

*-A Erik y a Iker,
Mis dos tesoros, por hacer que valga la pena levantarse por las mañanas.*

*Y como no, a Vanessa B. Nuñez,
Por recorrer el camino a mi lado, guiando mis pasos, a las duras y a las
maduras. Y por soportarme cuando ni yo mismo soy capaz de hacerlo.*

*Athman M. Charles
Editor de La Pastilla Roja*

Índice

Prólogo.....	9
Pablo García Naranjo	
LA LLAVE DE JACOB GIBBONS.....	11
Iván Mourín	
KAVIARS SKAITS 3.....	21
Ana Morán Infiesta	
AISLING.....	37
Álvaro Peiró Burriel	
EL SABOR DE LA LOCURA.....	57
Marta Junquera	
LA MUDANZA.....	77
Lucía Pérez Sainz	
EL REFLEJO DEL ALMA	95
Beatriz T. Sánchez	
EL HECHIZO DEL ESTÍO.....	117
Luis Guallar	
HORNET	135
Raúl Ansola	
EL INFORME.....	161
Daniel Meralho	
LA BUTACA DEL INFIERNO	179
Néstor Allende	
EL SILBATO DE IRAH	217
David Rozas Genzor	
LA PROMESA	239
Ana Martínez Castillo	
RELIQUIAS	267
Biografías	291

Prólogo

Con esta antología he vuelto a mi adolescencia, cuando estaba rodeada de libros de Stephen King y tuve mi primer contacto con el género.

Nada más terminar de leerla he visto un reflejo por encima de mi hombro, me giré y lo vi a él. No, no era Athman, si no Leland Gaunt, quién había dejado por unos minutos su tienda “Cosas curiosas” en Castle Rock para mostrarme los relatos que encontrarás en esta antología. Me los ha ofrecido, mientras me susurraba al oído: “Verdaderamente, esto es lo que deseabas y lo sabes”. Y es cierto, no se equivoca.

La literatura fantástica está llena de objetos. Objetos que se cruzan en la vida de las personas, lo busquen o no, lo deseen o no. Los hay que parecen atraer a la buena fortuna, antiguos amuletos que según la tradición, aparecían en forma de pata de conejo, trébol de cuatro hojas o, en la antigüedad, incluso hasta de herradura.

Pero también hay objetos que traen mala suerte. Más allá de simple superstición, parecen estar gafados. O lo que es peor, malditos.

Y esto es lo que nos encontramos en “Bueno, Bonito... ¡Maldito! No se admiten devoluciones”: Trece relatos (no podía ser otro número) alrededor de una llave, un candelabro, una lata de caviar o incluso un *amigurumi*, entre otros artefactos que prefiero no desvelaros. Historias que nos hará reflexionar sobre lo que nos encontramos, deseamos o poseemos, y que no me gustaría visualizar ni en pesadillas. Sus autores, conscientes de ello, lucharán para abrirse paso en las mismas mientras dormimos. Y me temo que tienen la batalla ganada.

Yo saco la bandera blanca y me rindo ante lo evidente: una gran antología, tanto en contenido como en forma, que no está maldita; la maldición sería que los lectores no pudieran saborearla como yo lo he hecho, y por menos de lo que cuestan esos objetos en la estantería especial de Gaunt.

Carmen Cabello

Pablo García Naranjo
LA LLAVE DE JACOB
GIBBONS

—¿Te gusta la bazofia que ponen aquí?

Jacob no levantó la vista del plato de judías, afanado en capturar las legumbres con la cuchara y engullirlas con la mayor cantidad de salsa posible. Los dos primeras semanas en la prisión de Hopkins le habían enseñado que lo mejor era dedicarse a lo suyo, que en este caso era comer el rancho calladito y sin moverse más de lo necesario.

—Te he estado observando. —Jacob tomó una nueva cucharada, empujándola con un buen pedazo de pan blanco mientras el tipo se sentaba enfrente—. Destacas como una corista en un sitio como éste, no sé si me entiendes, ¿eh?

—Me caí de pequeño. —Jacob se señaló la cicatriz que le partía la cara en dos, desde la frente a la barbilla, llevándose por delante parte de la nariz. Masticó la comida y la tragó haciendo todo el ruido posible.

—Pues parece que te atacara un oso, tío —comentó el tipo.

—No me acuerdo de mucho. A lo mejor sí me atacó un oso. —Jacob observó al hombre que se esforzaba en darle conversación. Los codos clavados en la mesa de metal. Más hueso que carne y una sonrisa que perdería cualquier concurso de sinceridad—. ¿Vienes a ver si puedes violarme? No tienes pinta de ser de éstos, pero nunca se sabe.

El tipo levantó las cejas y la sonrisa se desvaneció sin mucho esfuerzo, pero no se movió.

—Así no vas a hacer amigos —dijo en un susurro—. Con esa actitud no te irá bien en este agujero, chaval. Nada bien.

—No espero hacer amigos en la cárcel. No quiero molestar a nadie ni que me molesten.

—Resulta que eres un filósofo.

—Es la primera vez que me llaman eso. Siempre me han dicho que soy un retrasado.

Jacob no tuvo un verdadero apellido hasta que le dijeron que no se podía quedar en el reformatorio. Le dieron un documento donde ponía Gibbons detrás de su nombre, una palmadita en la espalda y cincuenta dólares en billetes pequeños. Antes había sido Layton, Miller y Thomas. Un apellido por familia de acogida. «La cicatriz, chico. Y esa mirada de bobalicón. Eso es lo que te ha marcado de por vida», le dijo la señora Lomax al despedirse de él. «Búscate un empleo donde no valgan para nada ni tu cara ni tu inteligencia».

—Me llamo Spence; o por lo menos todos me llaman así por aquí. —El tipo era infatigable. Caminaba a saltitos junto a los casi dos metros de altura que arrastraba Jacob con andares cansados. Era la hora del patio y todos los bancos de cemento estaban ocupados por los miembros de las bandas, el clan de los travestis o el temeroso grupo de presos por desfalco. Jacob buscó una pared a la sombra y se apoyó en ella.

—¿Qué quieres de mí, Spence?

Spence tardó unos segundos en contestar, como si masticara las palabras antes de articularlas. Se metió las manos en los bolsillos del pijama gris y miró el partido de baloncesto que disputaban la Raza Aria y la Hermandad Chicana como si de verdad le interesara.

—Me han hablado de ti. De por qué estás aquí, de lo del golpe que no salió bien. En un sitio como Hopkins las historias se oyen, o se cuentan como si se hubieran oído. Y por lo que me han contado, tu historia es más un cuento que otra cosa.

Jacob también se metió las manos en los bolsillos. Hacía frío esa mañana. El viento silbaba entre las torres de vigilancia, se filtraba entre las ropas y levantaba fumarolas de vaho en las bocas de los presos.

—No sé lo que se habla por aquí. Salió mal. Murió gente y yo estoy aquí.

Encontraba trabajo y lo perdía con la misma facilidad con la que un país africano cambia de presidente. Nada más cualificado que mozo de almacén o portero en locales de mala muerte. Más de cien kilos y esa cicatriz le garantizaron muchas horas lanzando borrachos a la calle. Se acostumbró a malcomer y a dormir en moteles.

Y llegó ella.

No era la más guapa, ni la más joven, ni siquiera era una buena chica. Simplemente fue los primeros labios pintados con carmín que le sonrieron sin malicia en la mirada. Jacob sólo sabía mirarla, pagar las copas y fantasear con una casa en una colina, media docena de hijos, siempre todo con un cielo sin nubes ni pesadillas donde un dedo afilado y ardiente le marcaba el rostro.

Le contó su secreto tras dos minutos de resuellos y abrazos torpes. Envueltos en sudor fresco y sábanas sucias. Apoyó la cabeza en su pecho y le habló de la llave. Ella escuchó en silencio, como si no quisiera romper el hechizo de la primera vez de aquel gigantón con carcajadas o desprecio. Él se levantó de la cama, desnudo, trajo agua fresca de la nevera y algo escondido en aquel puño hecho más para partir labios que para acariciar.

—Ésta es la llave. —Metal barato y tres dientes con la pintura comida por el uso. «La llave de un armario de vieja», pensó la chica, sin atreverse a cogerla.

—¿Por qué no la has usado nunca?

Jacob la miró con los ojos abiertos y cerró la mano, escondiendo la llave. «Está prohibido. Es malo», respondió. Recordó los gritos ahogados y el dolor de la quemadura. El trozo de tiza en el suelo y el dibujo en la pared. «No se usa jamás. Esta llave no se usa».

—¿Y por qué me cuentas todo esto? ¿Quieres impresionarme?

«Porque te quiero». Jacob no dijo nada. Se puso los calzoncillos y se tendió en la cama. Más tarde, cuando se despertó en mitad de la noche, quiso hacer el amor una vez más, pero ella no estaba. Recordó que no había pagado la noche entera.

El viejo Sam le visitó en la celda después de la charla con Spence. «¿Sabes quién soy?», preguntó, ofreciéndole un cigarrillo que Jacob rechazó con una mueca. Jacob lo conocía, al menos de oídas. Tras el alcaide y los hombres uniformados, era uno de los que mandaba en Hopkins. Uno de esos hombres que hacen que otros, en su presencia, enderecen la espalda y hagan todo lo posible para no mirarle a los ojos.

—El hombre sin vicios no sobrevive mucho tiempo en un sitio como éste. —El viejo Sam no llegaba a los sesenta, pero tenía una cara que rivalizaría con la momia de un museo de tercera—. Mi chico, Spencie, fue a verte ayer y me dijo que no eras un tipo muy hablador.

—No soy muy listo. Siempre me lo han dicho. Hablar sin saber es una forma de hacer perder el tiempo a los demás, o eso me dijeron en el reformatorio. —Jacob cerró el libro que estaba leyendo. Era una novela del Oeste. Vaqueros contra ladrones de ganados sin escrúpulos.

—Él sólo quería saber cómo te iba. Eres nuevo y aquí nos preocupamos por los jóvenes como tú. A algunos de por aquí les gusta abusar de los nuevos. En las duchas, en los rincones del patio... Son desagradables; unos pervertidos. Incluso con aquellos que tienen la cara hecha un Cristo; sin ofender.

—Quería saber por qué estoy aquí —respondió Jacob. Tenía ganas de volver a la novela.

El viejo Sam se sentó en la litera, encendió un cigarrillo y fumó en silencio, paladeando cada calada del tabaco sin filtro. Los párpados entornados, como si evaluara a aquel hombre con ojos demasiado inocentes.

—Conocí a Stu, ¿sabes? —El nombre de Stu Stevens hizo

que la mirada de cordero de Jacob se agriara. La última vez que vio a Stu Stevens, estaba tirado en un sofá con el pecho destrozado por un disparo de recortada a bocajarro. Incluso fiambre, no había perdido esa sonrisa de prepotente que siempre le acompañaba como un perro fiel o el mal aliento—. Teníamos amigos comunes. Uno de ellos, no le conoces, me contó una historia increíble sobre lo que pasó en aquella casa de apuestas. Una de esas historias donde casi todos acaban muertos menos el más tonto. Me recordó a ese programa antiguo de la tele: la dimensión desconocida. Nombró a un tipo con una cicatriz muy fea en la cara y una llave.

»¿Te suena algo esa llave?

—Es obvio que usted quiere saber si esta historia es real o no, señor Sam, el viejo.

—Un tipo listo, sí señor. —Sam le palmeó el muslo—. Me alegra saber que no eres tan tonto como pareces, Jack.

—También querrá saber el paradero de todo ese dinero que la policía no encontró. —Jacob se había envalentonado, como si adivinar los motivos de la visita de Sam le hubiera aflojado la lengua. Se olvidó de la novela barata y deseó haber aceptado ese cigarrillo.

—En aquella timba había, por lo menos, veinticinco de los grandes. Sin contar lo que llevaban los jugadores en la cartera. Eso se dice. —Sam señaló con el dedo a Jacob. Tenía la uña del índice larga y amarillenta—. El dinero desapareció y sólo estabas tú cuando llegó la poli. No hace falta ser Colombo para saber que si alguien sabe qué fue de la pasta ése eres tú, muchacho.

—La policía ya me preguntó. Y el señor juez.

—Y les contaste una fábula que casi te lleva al manicomio de Dunwich...

—La historia es cierta, señor Sam, el viejo. Y la llave existe.

Ella volvió dos noches después. Las mismas sonrisas, pero aderezadas con un par de gramos de miedo en cada pupila. No

volvió sola. La acompañaban Stu y un armario de dos puertas llamado Smith. Entraron en la habitación de Jacob como si fuera suya; se bebieron el poco alcohol que había en la cocina y ella ni se dignó a besarle de nuevo.

—Tengo un trabajo para ti, Jackie —dijo Stu entre sorbo y sorbo de bourbon con gaseosa—. Mi nena nos ha hablado de ti y queremos plantearte un asunto. Pasta, tío. Pasta de la buena. Sólo si eres obediente y sabes trabajar en equipo.

Jacob asintió y tragó saliva. En el reformatorio le habían enseñado a obedecer y a desconfiar de las ofertas de trabajo deshonestas. Pero sólo tenía un par de pavos en la cartera y aquel día la falda de la chica mostraba algo más de lo recomendable; así que calló y escuchó.

Cuando las luces del pabellón de presos comunes se apagaron, Jacob sacó la llave y la sostuvo en la palma. Tener aquel trozo de metal en la mano le relajaba, como una buena canción country o un beso de buenas noches. Le había contado la verdad al señor Sam, el viejo. Era lo mejor. Tal vez eso le mantuviera alejado de él y de su llave. En la cárcel, un objeto como ése podía ser muy peligroso. Un objeto cotidiano: latón bañado en dorado. Una pieza igual que tantas otras miles. Pero era su llave. Por ella el Hombre Sonriente le había marcado de por vida. Por usar la llave. Eso le había dicho mientras su dedo de estilete la abría la carne. «Recordar al Hombre Sonriente me traerá pesadillas», se dijo Jacob acurrucándose bajo la manta.

El viejo Sam se había reído de su historia y se había marchado de su celda entre carcajadas. «Un buen cuento, muchacho. De verdad que es bueno. Ya hablaremos, Jack». Eso tranquilizó a Jacob y le ayudó a dormirse.

El trabajo era tan sencillo que hasta Jacob lo entendió a la pri-

mera. Los primeros martes de cada mes se reunía un grupo de peces medianos a jugar a las cartas en el Goblin, en la esquina con Marauder Avenue. Un lugar de mala muerte para matones venido a más. Se movía pasta y el alcohol se derramaba con más rapidez que en un hospital de campaña. «Es un golpe fácil. Entrar, encañonar y salir», contó Stu. «Y quiero contar contigo, Jackie. Mi chica me ha contado algunas cosas interesantes sobre ti».

Jacob miró a la muchacha con el máximo rencor posible y se llevó la mano al bolsillo donde guardaba la llave. Empezó la perezosa tarea de atar cabos, pero le dolía la cabeza por el alcohol y sospechaba que sus pensamientos le iban a llevar a un final desagradable.

—Pero antes de hablar de negocios, tengo que comprobar si lo que le contaste a mi nena es verdad.

—Usar la llave está prohibido. Me lo dijo el hombre que me hizo esto en la cara.

—Amorcito, hazles una demostración —apremió ella, arrastrando las palabras; los labios formando un cúmulo de carne gomosa y húmeda—. Dale ese gusto a tu Lucy...

—Sí, Jackie. Demuéstranos que no eres un retrasado más. Un cuentista que dice lo que sea con tal de llevarse al catre a una chica.

—Es sólo una llave de armario. Nada más. Me lo inventé.

—Una burda mentira para encamarte con una pobre desgraciada. ¿O la forzaste? ¿Mi nena va a tener que llamar a la poli porque un gigante deformado la violó en un motel de carretera?

—Yo no hice nada de eso. —«Fue un acto de amor».

—Eso se lo vas a tener que contar a la poli, Jackie —dijo Smith. Le lanzó un pellizco al culo de la chica.

—La llave es peligrosa —advirtió Jacob—. Nunca se debe usar. Ocurren cosas malas.

—De ti depende lo malo que pase, Jackie. De ti depende.

Jacob trabajaba ocho horas y media al día en la lavandería de la

prisión. Había calculado el salario mínimo por el tiempo que estaba lavando sábanas sucias y le salía a dieciocho dólares el día. Le dolía más ese dinero que no iba a disfrutar que oler el vómito en las mantas de los nuevos reclusos. Último turno y aún le quedaban tareas pendientes. Los demás reclusos se habían marchado entre bromas masculladas y palmeo de espaldas.

—Calor. Esto es como follar en una sauna con tres gordas. —Sam se abrió paso entre montañas de tela recién planchadas. Un cigarrillo sobre la oreja y Spence haciéndole sombra—. Tiene que ser una mierda trabajar aquí gratis.

El gigantón no contestó, siguió deshaciendo bolas de ropa.

—He pensado sobre tu historia. Sobre la llave y lo que pasó en el Goblin.

—Si le apetece puedo volver a contarle mi... versión, de nuevo. —Dejó las sábanas en el suelo y recapitó rascándose la frente—. El dinero. Billetes amontonados en una mochila de los Miami Dolphins. Desapareció. ¿Ésa es la parte que quiere que le repita? No sé dónde está. Se lo juro por lo que más quiera.

Spence y Sam se miraron. Una de esas miradas que van acompañadas de una sonrisa sin dientes.

—Hemos estado pensando en que a lo mejor no eres tan tonto como aparentas. ¿Cuántos te han caído? ¿Veinte, perpetua? Seguro que te endosaron todos esos muertos. Incluida la chica. Descuartizada, con sus entrañas colgando del ventilador, sobre la mesa de póker. Has tenido suerte de que no te sentaran en la silla.

—Yo no hice nada.

—Eso nos da igual, Jack. —Spence se acercó a Jacob, recogió la ropa que había en el suelo, la olió y volvió a dejarla caer.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó Sam. En su mano brillaba, pálido, un estilete hecho con la punta de un cepillo de dientes.

«Traga saliva y respira lentamente. Eso siempre ayuda». Se encogió de hombros y sacó la llave del bolsillo.

—De pequeño, me perdí. No recuerdo la edad que tenía. Sólo me acuerdo de que me caí en un lugar oscuro, lleno de

humedad y olor a animales muertos. —Jacob hizo girar la llave en el aire, como si aquel objeto le ayudara a contar la historia—. Pasé mucho tiempo en ese agujero. Tanto, que llegué a comer unos gusanos blancos que salían del suelo. Y pasé sed. Mucha sed. Esa sed que te hace pensar en morderte la lengua para notar algo líquido en la boca. Allí encontré la llave. Allí me encontró el Hombre Sonriente.

—¿Qué coño estás diciendo, Jack?

Jacob levantó la mano pidiendo silencio. Era su momento, y odiaba las interrupciones. Le hacían perder el tenue hilo de sus pensamientos.

—«Es una llave que abre puertas hacia lugares muy especiales», me susurró. Su aliento olía a hielo. No recuerdo su rostro. Me dijo que podría sacarme de allí si pagaba un precio. Este precio —se señaló la cicatriz—. Un precio de sangre. Me dijo que la podía usar siempre que estuviera dispuesto a pagar.

El gigante se abrió el mono y dejó al descubierto la camisa interior. Se quitó la prenda. Una telaraña albina de cicatrices cruzaba el pecho desnudo. Un camino de carne rasgada que se perdía bajo el pantalón.

—Estás como una puta cabra —dijo Sam.

—Pagué el precio por Stu, por ella y por aquel matón, Smith. Pagué el precio en ese bar horrible donde todos gritaban con pistolas en la mano. Usé la llave y abrí la puerta para el Hombre Sonriente.

—Una jodida llave. —Sam avanzó, con el cuchillo casero dispuesto—. Me estás diciendo que lo que pasó en el bar lo hiciste con ese trozo de latón. Murieron siete personas porque tú abriste una puerta. ¡Ja! ¿Oyes eso, Spencie?

—Alto y claro. —Risas nerviosas, de hiena.

—Yo no hice nada. Sólo dibujé la puerta y metí la llave en la cerradura. Como siempre hago.

—¿Y por qué no abres esa puerta para salir del trullo, listillo? ¿Para irte a Méjico, o al quinto coño, por ejemplo?

—No me gusta ese sitio. Allí todos gritan, y huele a gente muerta.

—¿Y allí está la pasta? —apremió Sam con el estilete. La punta afilada del cepillo de dientes mordió la carne de Jacob, sobre el ombligo—. ¿Allí está la pasta, retrasado? Dime dónde la tienes guardada, qué pasó de verdad, o te rajo como a un cerdo aquí mismo. ¿No me crees capaz, imbécil de mierda?

—Yo sólo hago un dibujo en la pared. Y dejo la puerta abierta —repitió Jacob. Mostró la llave de nuevo. Tres dientes rotos que brillaban en la lavandería desierta—. Hago dibujos con lo que sea: con sangre, con tiza, con colores...

Sam y Spencie abrieron la boca para decir algo. El punzón casero cayó de las manos del viejo. Jacob se retiró, como siempre hacía, a la espera de pagar el precio. Quince cicatrices. Maltrato, decían los forenses. Jacob siempre asentía, sollozando. Esta vez la puerta le había quedado bien. Sin prisas. Con tiempo para dibujar el pomo de la cerradura y adornar la hoja de la puerta con una mirilla. El Hombre Sonriente estaría contento y, tal vez, no le haría mucho daño.

—Él os dirá dónde está el dinero —dijo, mientras los bordes de la pared junto a los montones de ropa doblada que había dibujado con esmero empezaban a agrietarse, acompañados de un rumor de risas que sólo podía oír el gigante.

»El Hombre Sonriente lo sabe todo.

Iván Mourín

KAVIARS SKAITS 3

*Ar méness sūposānas, Aizbildnis pieangs no
Dzīlumine, lai savāktu pārtikas Zerk*

Allí estaba, en el fondo de uno de los armarios superiores de la cocina, sola como un niño castigado en la esquina del aula, olvidado por todos. Tenía un color rojo ostentoso, con pequeños arañazos en los cantos romos de la tapa circular que desnudaban al latón. El dibujo que lo decoraba era el de un hombre fornido, de esos marineros rudos que narran las viejas novelas, con un descolorido tatuaje que no se dejaba ver a través de la manga levantada del jersey de cuello alto azul marino, el rostro curtido por el mar y el sol, con una sonrisa casi imperceptible que empequeñecía los ojos pardos y el pelo cano revuelto por la brisa. Bajo éste, escrito con letras blancas, en una tira de tela ondulante verde, podía leerse “*Kaviars Skaits 3*”.

De todo lo que Marion había podido encontrar en aquel piso, lo que menos esperaba era una lata de caviar. El antiguo propietario, de quien no sabía absolutamente nada porque toda la compra había sido tramitada por una agencia inmobiliaria de las afueras de la ciudad, había dejado todos los muebles, pero nada en ellos. «Lo bien que me habría venido encontrar una vajilla, aunque estuviese hecha una mierda», pensó sentándose en el sofá de piel agrietada, con la lata entre las manos. No pesaba nada, aun cuando algo se movió en el interior al agitarla. «A ver qué tesoro esconde», pensó mientras giraba el cierre en forma de lazo. Un sonido metálico con un instante de vacío, y la tapa se dejó caer en la mano.

—¡Qué asquerosidad! —soltó al mirar el interior.

Nada de perlas, que podría haber sido un gran descubrimiento, aunque éstas solo fuesen huevas deshidratadas.

Una criatura amorfa, más cercana a un tritón que a un pez, no más grande que un meñique, escondía su cuerpo momificado

y ennegrecido en la pared curva del envase. Decenas de minúsculos filamentos se marcaban en el tórax hundido, curvándose desde los costados hasta la cabeza redonda, de boca desproporcionada, cuyas comisuras unían las cuencas sin ojos. Las patas retraídas conservaban las membranas de las aletas, secas y perforadas como hojas comidas por insectos, como la de la cola, que se enroscaba un par de vueltas hacia la espina dorsal.

—Así es como se hace una mudanza.

Marion dio un respingo que a punto estuvo de tirar al bicho al suelo. Su hermana estaba detrás, dejando un par de cajas con el rótulo “Películas” en uno de los costados sobre otras que había tras el sofá.

—Qué susto me has dado, Liz —protestó la mujer, volviéndose hacia ella.

—Si eso sirve para que espabiles y no le echés tanto morro a la vida, en una hora te doy otro —dijo ella, sonriendo—. ¿Qué tienes ahí?

—Lo he encontrado en la cocina. —Le acercó la lata para que le echase un vistazo—. ¿Qué crees que puede ser?

—Un asco —respondió su hermana, torciendo el gesto. Cogió la tapa—. El que compró esto debía de tener pasta, porque es importando de Letonia. ¿Quieres un consejo? Tira esa cosa y guarda la lata, que pueden soltarte una buena pasta por ella.

—¿Quién pagaría por este trozo de metal? —preguntó Marion, con la curiosidad puesta en el ocupante muerto.

—Algún coleccionista forrado. —Liz se soltó el pelo rubio e hizo una coleta aún más tensa—. Uno de esos frikis pajilleros que no saben qué hacer con su dinero y les gusta hacerse los interesantes para pillar cacho. En una ocasión salí con uno que tenía una auténtica juguetería en casa, ¡y el tarugo ni siquiera había sacado los muñecos de su envoltorio!

—¡Qué bruta eres! —sonrió Marion, cerrando el recipiente—. Creo que también guardaré esa cosa y miraré de contactar con alguna facultad. Eso sí que puede dar dinero. ¿Quién sabe? Puede que estemos ante una especie por descubrir. ¿Te lo pue-

des imaginar?

—Si tú lo dices. —Liz se encogió de hombros, caminando hacia la entrada—. Deja tu amada reliquia y vamos a continuar cargando cajas, ¿o esperas que haga yo todo?

No tardaron más de una hora en descargar todas las cosas de Marion de aquel furgón destartado que les había prestado el último novio de Liz. Ahora las cajas parecían nueva parte de aquel mobiliario anticuado, con las esquinas dañadas por el trajín, el precinto a medio despegar y parte del cartón despellejado. Marion había desembalado sólo una de éstas, la de “Cocina”, y extraído una copa —su hermana se había marchado casi al instante de terminar, para no tener que limpiar y colocar objetos— a la que le quitó el polvo con el borde de la camiseta. Descorchó una botella de chardonnay que tenía enfriando en la nevera y se sirvió un buen lingotazo. Conectó el reproductor MP3 en el altavoz con forma de zeppelin y se tiró en el sofá, estirando las piernas. No recordaba que una mudanza cansara tanto, aunque la última la había hecho cuatro años atrás, poco antes de casarse con el cerdo de Antoine, y éste se había encargado de contratar a una compañía para realizar el transporte. Ahora se las había tenido que apañar ella sola, con la única ayuda de Liz, aunque sólo eran la mitad de objetos que la primera vez; el resto lo estaría disfrutando alguna de las zorras de vagina fácil que le gustaban a su ex.

Un desagradable hedor le golpeó repentinamente la nariz. Algo marinado, corrompido por el tiempo, que rozaba lo putrefacto, incluso con matices rancios. Bebió para quitarse aquel pestazo que ahora le adormecía el lecho de la boca. Lo siguió con el olfato en busca del origen, que se intensificaba a medida que abandonaba el salón y se adentraba en la cocina. Allí olía como una pescadería al final de uno de los días más calurosos del año. En los armarios no había ningún alimento que pudiese estar en mal estado —había dejado el tema de la compra para el día siguiente—, así como en la despensa y la nevera. El olor subía del fregadero, y Marion podía darle hasta color: una nube

grisácea en la que flotaban partículas negras y verdosas, ascendiendo en espiral. Regresó al salón y buscó en otra de las cajas una linterna.

El haz de luz penetró en el agujero. El conducto estaba rebozado de diminutas puntas cristalizadas de jabón, alimentos y pelos, y allí donde la tubería se curvaba, un objeto oscuro, de un brillo correoso, atascaba el paso del agua. Eso era lo que tenía que producir aquella hediondez. Seguro que, entre los productos de limpieza, debía de haber algo para desatascar.

El teléfono móvil vibró en el bolsillo trasero de su tejanero.

—Hola, mamá —respondió, colocándose entre el cuello y la cara.

—Hola, cielo. ¿Te llamo en buen momento?

—Claro, aquí ya hemos terminado. —Cogió una botella de plástico amarilla con el dibujo de un desagüe en la etiqueta—. Voy a limpiar un poco.

—Si necesitas ayuda, podría...

—No es necesario. —Desenroscó el tapón y dejó caer el líquido verde en el fregadero—. ¿Qué querías?

El chisporroteo del ácido deglutiendo la mugre de la tubería emergió con un vapor cáustico que se coló por sus fosas nasales, obligándola a retirarse unos pasos. Siguió los consejos de la etiqueta y puso a hervir agua en un pequeño cazo.

—Me has llamado tú.

—Debes de estar equivocada, mamá. ¿Ya te aclaras con ese chisme? Mira que tienes problemas hasta con el mando de la televisión.

—Búrlate lo que quieras, pero hay una llamada perdida tuya de hace aproximadamente veinte minutos. Y dejaste un mensaje.

—Eso es imposible —Marion arrugó la frente, sorprendida—. ¿Y se puede saber qué decía?

—No empieces con bromas —la reprendió su madre.

—Lo digo en serio.

—En realidad, nada —la escuchó reír—. Era como si hubiese interferencias. Parecía que me estuvieses hablando desde debajo del agua. No puedo decir que no me preocupara un poco.

—Te aseguro que no hice esa llamada, y Liz puede ratificarlo —prometió ella, aún más extrañada—. Habrá sido algún cruce de líneas.

El agua rompió a hervir dentro del recipiente negro. Enrolló un trapo en el mango y lo retiró del fogón.

—Será eso —dijo su madre, no por ello más relajada—. ¿Seguro que no necesitas nada?

—No, mamá —suspiró, sonriendo—. Si cambio de idea, prometo que serás a la primera persona que llamaré. Te tengo que dejar.

Tras despedirse, miró el residuo que había dejado la espuma. Un hongo negro había florecido en la boca de aluminio del desagüe. Alejándose prudencialmente, vertió el agua. Una nueva vaharada acre y el siseo de la sustancia deshaciéndose. El ruido se intensificó a medida que ésta era tragada, y al llegar a la curva, por un segundo, se convirtió en un bufido —como si un gato estuviese allí atascado— que hizo que Marion soltara el cazo, que rebotó en la encimera para caer al fregadero. El último sonido fue el del agua desapareciendo, mientras ella seguía con la mano en el pecho, sonriendo y considerándose una tonta. Recuperó la linterna y echó un vistazo al conducto.

La bola negra había desaparecido con gran parte de la porquería, y el olor parecía que también.

—Gerard se ha puesto como un mono —le explicó Liz por teléfono, riéndose—. Dice que le hemos arrugado las alfombrillas de la furgoneta.

—Es tiquismiquis, el chaval —respondió Marion, secándose el cabello con la toalla e inaugurando el cubo de la ropa sucia al arrojarla en éste—. ¿Me puedes decir qué le has visto?

—Siempre me preguntas lo mismo de cada tío con el que salgo. Pero te lo diré: la tiene como un caballo.

—Guarra —le largó, escuchando más carcajadas. Se puso como pudo unos shorts y una camiseta.

—Es lo que hay. Bueno, tiene más cosas buenas, como ese culo respingón.

—Déjalo ya —se rió ella también, yendo hacia el dormitorio—. No tardarás en cansarte.

—Si es así, hay más hombres por ahí. Deberías probar tú también. A este paso, se te va a regenerar y volverás a ser virgen.

—Prefiero seguir como estoy, pero gracias por el consejo. —Retiró las sábanas—. Si no te importa voy a colgar, que estoy reventada. Ya me contarás tus cerdadas por la mañana.

—Vale. ¿Nos vemos a las diez?

—Sí, de acuerdo.

—Buenas noches, hermanita, y no fundas el consolador.

—Serás...

Liz colgó el teléfono antes de que le replicara.

Cayó en la cama rendida. Quedaba un montón de trabajo pendiente y, sólo de pensarlo, su cuerpo se agotaba más. Menos mal que en la empresa le habían permitido hacer vacaciones todo ese mes. Se situó bajo la lamparilla atornillada encima de la mesita y cogió de ésta el libro que estaba leyendo, “*La dulzura del veneno*”, la última novela de Robert Queen, el indiscutible rey del suspense. También hacía, de vez en cuando, alguna incursión en el terror, pero a Marion aquello no le atraía tanto, a pesar de que Queen conseguía mantener esa atmósfera y tensión tan angustiante que tanto le caracterizaba.

No había leído ni dos páginas cuando dejó escapar el libro de un susto. Justo en la parte en la que el asesino —o no— estaba entrando en la habitación del protagonista, algo se había caído en la otra punta de la casa, con un estrépito metálico.

«Es sólo ficción», se dijo Marion para envalentonarse. Apartó las sábanas y el peso de éstas resultó casi similar al del plomo. El frío de las baldosas le mordisqueó los dedos de los pies, y la sensación se intensificó al adentrarse en el pasillo. Encendió cada interruptor, pero la luz de las bombillas no apaciguó sus nervios. Dudó un instante si regresar al dormitorio o llamar directamente a la policía, pero al final se asomó a la puerta entreabierta de la cocina.

La farola cercana a la ventana bañaba de luz amarillenta la cocina, despojando de oscuridad cada recodo. La lata de caviar

había caído desde el armario abierto y rodado sobre las baldosas florales descoloridas. Bajo la pata de la mesa, Marion encontró la tapa de latón, donde el dibujo parecía cambiado, como el tatuaje del marinero, ligeramente más visible. Era el mismo ser que había encontrado reseco, y que ahora no veía por ninguna parte, ni bajo el fluorescente recién encendido.

—¿Y esto? —pronunció al recuperar el recipiente, con un escalofrío que rascó cada una de sus vértebras.

Oculto en éste, un mechón fino de pelo rojizo sujeto con una tira negra se enroscaba alrededor del borde, allí donde el bichejo había estado por la mañana. No eran más de veinte hebras, con las cutículas agrietadas. La atadura parecía alga, y olía como tal.

Cerró la caja con otro estremecimiento. Se subió a la silla para dejarla en la repisa del armario. Allí había algo más, un objeto pequeño del color del marfil, que se le había pasado por alto al camuflarse con el fondo blanco. Lo hizo rodar hacia ella con la yema de los dedos.

Era un papiro más pequeño que su mano, rugoso, con los bordes amarillentos desintegrados. En la mitad superior había un dibujo hecho con tinta decolorada, un círculo que alojaba un pez con escamas toscas y patas, sentado sobre un montón de rocas negras. Debajo, con letra torpe, un texto en una lengua que desconocía.

*Ar méness sâposânas, Aizbildnis pieangs no
Dzilumine, lai savâktu pârtikas Zernk*

Lo dejó todo sobre la mesa y regresó a la cama. Apagó la lamparilla, incómoda por el hallazgo. Su mente no paraba de formular preguntas: ¿Quién había sido el propietario de la caja? ¿Para qué guardar una criatura muerta de cualquier manera? ¿Y un mechón de pelo? ¿Qué era lo que decía el pergamino?

Cinco minutos después estaba conectando el router y montando el ordenador en el suelo, rodeada de cajas revueltas. Se mordisqueó las uñas mientras esperaba a que todos los indica-

dores del router dieran señal. Entró en el buscador y tecleó cada palabra suelta, sin resultados importantes, hasta llegar a la última: Zeruk. Varias imágenes de homínidos con forma de pez llenaban la página. La descripción de todas coincidía en que Zeruk era una criatura marina perteneciente a la mitología letona con orígenes demoníacos, creada en los albores de los tiempos. Algunos cultos antiguos hacían sacrificios humanos para que se alimentase de las partes blandas... No pudo leer más y pasó a buscar un traductor de letón. Copió el texto del pergamino y esperó a la traducción.

Con la luna meciendo el lecho, el Guardián ascenderá de las profundidades para recolectar el alimento de Zeruk.

No lo soportó más. Apagó el ordenador, agarró la lata, el mechón y el pergamino y los lanzó a la basura, empujándolos con la mano hacia el fondo del cubo, cubriéndolos parcialmente con una caja de comida china.

Los números resplandecientes de un verde radiactivo del despertador marcaban las dos y veinticuatro de la madrugada. Al sueño le había costado desembarazarse de aquella emoción de agobio que había despertado en Marion al encontrar el mechón en la lata, el pergamino y todo lo que esto representaba. El peso de los párpados había vencido al temor a eso de la una, aunque la mujer seguía turbada entre las sábanas.

El olor putrefacto, salino, la despertó. Éste se había esfumado con los vapores abrasivos del desatascador químico, así que aquel pestazo debía de nacer de las propias entrañas del edificio. Tal vez cerrando la puerta del dormitorio podría zafarse de éste las horas que le quedaban hasta la mañana, y entonces contactaría con algún fontanero para que hiciese una revisión a la instalación.

Al mismo frío que había arañado sus pies pocas horas antes, ahora se le añadía una incómoda caricia húmeda, como si el suelo estuviese recién fregado. Correteó de puntillas hacia la

entrada, con precaución para no perder el equilibrio o resbalar, y se quedó bloqueada ante ésta.

En la lobreguez del pasillo había una silueta alargada, un perfil humano oscurecido como si estuviese trazado con carboncillo e inmóvil como una estatua de cera, excepto por un imperceptible temblor en uno de los brazos al que le llegaba la luz distante, como si algo vibrase bajo la piel cuarteada. La respiración de aquel ser —Marion estaba segura de que no podía ser un hombre— era como la de un fumador en las últimas listo para ahogarse con su propia sangre, algo acuoso y profundo. El antebrazo trepidó con violencia, abriéndose trazos sanguinolentos que cauterizaban al instante, dibujando una cola, unas ancas que podrían ser piernas, un delgado torso de marcada espina dorsal...

Marion cerró de un portazo y pasó el cerrojo, dando un grito sin ser consciente de ello. Saltó sobre la cama, golpeándose la espinilla con la base de ésta, y cogió el móvil. Maldijo al comprobar que no tenía cobertura, ni siquiera la posibilidad de hacer una llamada de emergencia. Había retenido el aire más de lo que podía, sin darse cuenta, y ahora notaba que la respiración se estaba volviendo casi dolorosa. Y no mejoró cuando encontró sobre la mesita la caja de caviar que ella había tirado a la basura. El marinero de la tapa guardaba una siniestra semejanza con la sombra del pasillo, aun sin haber podido verla con nitidez: la misma complexión ruda, el jersey oscuro remangado, el cabello despeinado, y ese tatuaje en el antebrazo que se había dibujado en carne viva ante sus ojos.

Otro nuevo chillido brotó de su boca cuando le tiraron de ambas piernas, ligándola por los tobillos con algo que no logró ver, pero cuyo tacto era viscoso, como las algas que alguna vez había pisado en la orilla de la playa cuando era niña, y que la habían hecho gritar como ahora. Sucedió lo mismo con una de las muñecas, y enseguida le tocó a la otra, pero antes distinguió un nuevo cambio en la lata de caviar: el marinero la señalaba con un largo dedo que parecía una garra dentada, de un color anaranjado, y otras cuatro suplantaban al resto, y sonreía con

amplitud, con una gran dentadura equina que amenazaba con morderla. El colchón se fundió en un bloque de manteca que la hundió, eliminando toda resistencia excepto los gritos, que le desgarraban la garganta hasta herirla.

—Nadie puede escucharte —dijo una voz gorgoteante dentro de la habitación.

El hombre de la lata la contemplaba con ojos biliosos desde los pies de la cama. Tenía unos rasgos terriblemente marcados, como si sólo un finísimo paño de piel cubriese el cráneo deformado en la frente, donde el pelo se arremolinaba, formando una especie de asta. No tenía orejas; la zona era lisa, con dos agujeros del tamaño de canicas a cada lado.

—Excepto yo y mis pequeños —continuó el marino, con una sonrisa aún más amplia que la que mostraba en la lata.

Marion intentó berrear de nuevo, pero la voz desapareció como el aire que escapa de un globo, lentamente y con un siseo que enmudece. Aquel monstruo había retirado el colgajo de piel que representaba el tatuaje, echándolo hacia un lado como una cortinilla, y hurgaba en el hueco carnosos con dos dedos. El vómito ascendió fugaz por la tráquea de la mujer y manó, cayendo sobre la cara, ácido y caliente. El marino extrajo una bola carnosa y recubierta de una sustancia de naturaleza oscura, como engrudo, acompañada de un sonido de succión, el mismo que emitían las botas de goma mientras se acercaba a ella, antes de sentarse a su lado. Una gota de aquella materia cayó en la mejilla de Marion; la gelidez que traspasó su piel le erizó todo el vello y la dejó petrificada. Entonces ella pudo distinguir la larga cola retenida por aquellos gruesos dedos, que soportaba un cuerpo más pequeño que un meñique, la espina dorsal afilada como una cuchilla de afeitar, boca desproporcionada que lanzaba dentelladas al aire, y ojos brillantes como huevos de pescado.

El hombre le abrió la mandíbula, forzándola hasta emitir un doloroso chasquido. Las manos toscas, ásperas como lavadas en serrín, con un intenso olor a pescado, le robaron una nueva arcada a Marion, que se intensificó al introducirle uno de los dedos y al insertarle aquel bicho. La mano ahora le tapaba la

boca, mientras la chica notaba las pequeñas y frías aletas pegándose a la lengua al descender la criatura hacia la garganta, dando coletazos.

—Cuida bien de él —dijo el marinero, acariciándole el pelo.

Marion se despertó sobresaltada, cayéndose por el lado de la cama. La camiseta y el short estaban pegados por el sudor a su cuerpo, y tenía cada músculo increíblemente resentido. Se llevó la mano a la garganta, mirando a todos lados. No había rastro de la lata, ni del marino, ni de nada de lo que la había abordado durante la madrugada, ni siquiera aquella inquietante humedad en el suelo. La tranquilizó el sol que apuñalaba las cortinas, y el timbrazo de la puerta que la devolvía a la realidad.

—¿Todavía durmiendo? —Liz alzó una ceja. La miró de reojo—. Vaya pinta que llevas.

Marion se atusó los cabellos húmedos.

—Sí. He pasado mala noche.

—No peor que la mía. He tenido que compensar a Gerard con mucho amor por los desperfectos (que no son para tanto) de su cutre furgoneta, de ése que te hace sentir muy zorra.

—Ahórrate los detalles —Marion se frotó los párpados.

Liz arrugó la nariz.

—¡Qué mal huele! —soltó, caminando hacia la cocina—. ¡Apesta a bragas de vieja! ¿Es que no te lavas?

—Problemas con las tuberías. Pero ahora que lo dices, me iría bien una ducha —trató de bromear Marion—. ¿Te apetece un café?

—Bien cargado, por favor —le agradeció su hermana, sentándose en el sillón.

Encendió la cafetera, apoyando la cabeza en el armario, con los ojos cerrados. Estaba extenuada. Colocó un cartucho de café con intensidad diez y pulsó el botón verde, dejando que la taza se llenara con un goteo cremoso. Ladeada, dio una ojeada al cubo de la basura. Una pulsión interior necesitaba saber si la lata seguía allí, pero la voz de la razón le advertía que no. Pisó el pedal.

Entre pelusas barridas y restos de comida rápida, la lata dejaba ver al marinero que tanto la había aterrado y que ahora parecía tan débil e indefenso como para pisotearlo. Sus labios dejaron escapar un suspiro de alivio, al tiempo que cerraba la tapa para no seguir viendo a aquel hombre.

—¿Azúcar o sacarina? —preguntó, cogiendo un par de sobres de ambos.

—Ni se te ocurra insinuar que estoy gorda, reina —le dijo Liz, removiendo el café—. Estoy demasiado buena como para prescindir de lo primero.

—¿Sabías que agota hablar contigo? —Sonrió. La compañía de su hermana hacía que todo volviese a la calma y que el miedo se esfumase como el humo de un cigarro que se muere.

—Puede, pero te gusta. —Liz bebió un trago corto—. Deberías empezar a arreglarte si quieres que te acompañe a comprar. No tengo toda la mañana.

—Es verdad —dijo una palmada—. Un remojón de tres minutos y estaré lista para irnos.

Sola en el baño, las imágenes de la pesadilla volvieron a hacerse nítidas, casi palpables. El tacto de la mano del hombre sobre su cara, el bicho escurriéndose por el interior de su cuerpo... Con cierto malestar, abrió la boca y miró su reflejo. En multitud de películas de terror, aquello era fatídico: asomaban dedos u ojos, incluso rostros, y ella esperaba encontrarse con la criatura negra, tal vez con su cola atizándole a la úvula como si fuese un saco de boxeo. La lengua estaba rosada, y la garganta enrojecida por el resfriado que no tardaría en aparecer, pero ni rastro de aquel pequeño monstruo.

Un estruendo en el salón y un alarido que la sacó del estuor. Marion salió corriendo, golpeándose dolorosamente en el pie contra el marco de la puerta. Cojeando, escuchó el portazo de la entrada. Logró llegar a trompicones, saltando sobre la otra pierna, mordiendo el labio inferior, y se lo encontró vacío. Liz se había marchado, y la lata de caviar estaba abierta sobre la mesa de centro, como la había encontrado la noche anterior en la cocina. Una mano invisible le agarró el estómago y lo apre-

tó como a una esponja empapada de un líquido agrio y denso: varias piezas dentales, amarillentas y con el esmalte dañado, aún rodaban alrededor de la caja. Cojeó hacia el dormitorio, con las pulsaciones aceleradas palpitando con brusquedad en el cuello y las sienas, y cogió el móvil. «Por favor, contesta», suplicó mientras daba señal, cada tono más y más prolongado.

—Deshazte de esa cosa —balbuceó Liz al descolgar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, aterrada.

Silencio.

—¡Liz! —le gritó, retorciendo las sábanas con la mano.

—No me creerás —susurró, y el sollozo se hizo perceptible al otro lado de la línea.

—Sí lo haré —le suplicó su hermana.

El sonido entrecortado de un llanto ahogado antes de hablar.

—Fui a tirar el papel de los sobres a la basura y me encontré dentro la lata de caviar. —Se limpió la nariz sonoramente—. Tenía curiosidad de por qué la habías tirado finalmente y de saber, si no la querías, si me la podía quedar.

—¿Y qué hiciste después? —Un hilo de sudor le surcó la espalda, lento como una babosa.

—Me senté en el sofá y la abrí. Me extrañaba que también hubieras tirado al bicho ese. —Un murmullo en la señal, apagado—. Entonces, vi...

—¡¿Qué?! —la apremió Marion, con el dedo del pie amoriándose dolorosamente por el golpe.

—En el metal interior de la tapa vi a un hombre, en ese mismo sofá. —La voz le temblaba, entrecortada por el murmullo estático—. ¡Apareció sin más, como un jodido fantasma! Estaba sentado sobre una mujer pelirroja que parecía gritar, con el vestido desgarrado en el vientre desnudo. Entonces él me miró, ¡y la lata se llenó de dientes, como putas palomitas haciéndose en el microondas! Líbrate...

La voz de Liz se cortó por completo y el murmullo creció, convirtiéndose en un borbollón que horripiló a Marion, colándose por el oído y cayendo en la boca del estómago como el

agua hirviendo que había derramado en el desagüe.

—Es hora de que me lo devuelvas —dijo la voz del marino al otro lado de la línea.

El móvil se le resbaló, abriéndose la carcasa y saltando la batería a algún punto de la habitación. Marion corrió sobre la punta del talón por el pasillo. Debía salir de allí, y le daba igual que llevara las pintas que fuese. Mandaría a alguien a que recogiese sus cosas, pero ella jamás volvería a poner un pie en aquella casa. El tobillo se le torció al llegar al salón y por poco pierde el equilibrio. Al alzar la vista, se llevó instintivamente la mano a la boca, con dedos temblorosos.

La lata y las piezas dentales habían desaparecido. En su lugar, había el cuerpo de una mujer de cabello rojizo, tirado como un guiñapo, con el rostro volteado hacia la ventana. Bajo el vestido florido, entre los pliegues de piel apergaminada del vientre abierto, las entrañas, unidas en una masa ennegrecida, despedían un vapor pestilente, tan intenso como el que no había conseguido erradicar del fregadero.

La risa hizo que Marion se diese un nuevo golpe en el dedo al dar un brinco. A su espalda, el marinero agitaba la lata de caviar. Regueros de una baba parduzca se escurrían por las comisuras de su boca y se perdían mentón abajo, por debajo del jersey de lana raído. Una pátina escarlata recubría las córneas, resaltadas por los párpados arrancados hasta las cuencas sonrosadas.

—Sólo quiero que me lo devuelvas —insistió éste.

El empujón lanzó a Marion por encima del sofá, empujándose contra el ventanal, donde el vidrio se resquebrajó, convirtiéndose en astillas que se clavaron como agujijones en su cuello. Descolocada, vio cómo una niebla blanquecina reptaba por debajo del mobiliario y la envolvía, disipándose para descubrir a aquel demonio sobre ella, con las rodillas hincadas a cada costado. Marion se sacudió para liberarse, pero aquello no se movió ni un milímetro. La mano del marino había sufrido también la metamorfosis del monstruo, recubriéndose de una gruesa coraza anaranjada, creando una larga pinza aserrada allí

donde debería estar el dedo que la obligaba a guardar silencio.

—No te voy a mentir —gorgoteó éste, con la espesa baba estancada en la boca—. Esto te va a doler.

La pinza despedazó la camiseta hasta dejar la piel blanca del vientre y los senos al descubierto. La punta de aquel gancho, duro como el exoesqueleto de un cangrejo y frío como un atabal, se hundió por debajo del esternón. El grito quedó preso en la garganta de Marion, ahogado por la sangre que se alojaba en ella. El filo aserrado siguió abriendo la carne, recreándose con cada corte. En lugar de sangre, una nube de vapor caliente empujó y acabó de desgarrarla hasta la ingle.

—Sabía que sería de buena calidad —dijo el marino, sonriendo con más ganas, sin perder de vista la herida.

Los dedos escudriñaron el interior, apartando órganos gangrenados. Marion había dejado de sentir; sus ojos apenas podían permanecer abiertos, divisando al hombre en la lejanía. A las pinzas se adhirieron diminutas perlas negras que brillaban con la luz del día. El marinero se las acercó a la nariz y aspiró profundamente. Sacó una lengua larga y verdosa, que serpenteó hasta llevarse con la punta afilada una hilera de la pinza.

—El mejor caviar que he probado nunca —paladeó, dejando escapar un tapiz de saliva.

A la bestia le quedaban pocos restos de humanidad. La piel se había despegado como tiras de plástico, sacudiendo escamas purpúreas que vestían el cuerpo delgado y deformado. En la nuca nacía una aleta dorsal que cortaba la lana, donde asomaba una cola que se meneaba de un lado para otro, finalizada en una membrana con tres extremos agudos. Las cuencas se fundieron, deslizándose hacia las comisuras de la boca, un pozo oscuro sin dientes. Se relamió, soltando un gemido calcado al de un felino, y enterró la cabeza en la abertura, poseído por la gula.

Liz entró tambaleándose en el rellano de su edificio. Necesitaba tomar algo lo suficientemente fuerte para hacerle olvidar la imagen del interior de la lata, los extraños ojos del hombre que retozaba en el cadáver de la mujer pelirroja, sajada.

—Liz —la llamaron desde la garita de la portería—. Espera un momento, Liz.

—Ahora no, Victoria —esquivó a la portera, empezando a subir las escaleras para no tener que esperar al ascensor.

—Ha llegado un paquete para ti. —Ésta alzó la caja envuelta en papel marrón—. Es urgente.

Maldiciendo, Liz cerró los ojos y los puños.

—Madre mía, parece que hayas visto un fantasma. —Victoria frunció el ceño—. ¿Te encuentras bien?

—No tengo tiempo para hablar —se zafó, cogiendo el paquete y retomando el ascenso.

—Por lo menos podías dar las gracias —vociferó la portera.

Liz ni la escuchó. Sólo quería encerrarse en casa y acurrucarse en el sillón. Después llamaría a Marion para que fuese y se quedara en su piso. Una parte de ella se sentía culpable por haberla abandonado, por no cogerla de la mano y llevársela a la fuerza. Pero el miedo era como un perro rabioso que perseguía hasta darte la dentellada, y a ella le había mordido bien.

Dentro de la vivienda, pasó la llave y los dos cerrojos, y se dejó caer en el asiento, sosteniendo las piernas y pegándose al pecho. Sus manos temblaban sobre las rodillas. Torció el rostro al sentir que algo se le clavaba en la barriga. Por un instante se había olvidado del paquete que tan forzosamente le había entregado Victoria y que había dejado sobre el regazo.

El sello emborronado de urgente deshonraba el pulcro papel por encima de la dirección de Liz. No esperaba ningún envío importante, a no ser que el pánico que le impulsaba a vomitar se lo hubiese borrado de la memoria. Soltó la tira de celo de los laterales.

A través de la caja entreabierta, entre espaguetis de papel, un brillo escarlata hizo que sus ojos se desorbitaran, como los del marino que le sonreía desde la tapa de la lata de caviar con ojos amarillentos, señalándola con una pinza que sustituía al dedo.